**Mujeres frente al espejo ;/: nuevas virilidades**

“La dama ante el espejo”

*"A mon grand ami Auguste Rodin"*

Como en embriagadora especería desata sin ruido en la fluidez clara del espejo sus fatigados gestos; e introduce allí su sonrisa. Y aguarda hasta que de todo eso ascienda el líquido; luego vierte el cabello en el espejo y, alzando los hombros maravillosos del traje de noche bebe callada de su imagen. Bebe lo que una amante en éxtasis bebiera, inquiriendo desconfiada, y hace un guiño a su doncella, si ve luces sobre el fondo del espejo, roperos, y lo turbio de una hora trasnochada.

Rainer María Rilke, París, 1907

Al inicio de esta investigación, nuestras conversaciones apuntaron a precisar qué relación podíamos establecer entre las mujeres y las nuevas virilidades. El equívoco surgido a partir de la puntuación de la frase nos llevó a embrollarnos con al menos dos posibilidades: 1- las nuevas virilidades como un modo del ser de las mujeres contemporáneas en las que lo viril adquiere, a nivel del semblante, una consistencia superlativa. Es en el *Seminario 19* que Lacan afirma que lo verdaderamente viril está del lado de la mujer; 2- las nuevas virilidades como modo de respuesta, del lado masculino, a los cambios producidos en la posición de las mujeres. Para avanzar, exploramos cómo se posicionan hoy las mujeres respecto del amor, el deseo y el goce, intentando extraer consecuencias de ello.

En nuestro recorrido, nos orientamos a partir de la exploración de dos ejes fundamentales de la clínica: el narcisismo y la función del semblante.

**I.- El cuerpo del estadio del espejo**

Comenzamos nuestra investigación siguiendo los sucesivos desarrollos de Lacan sobre el estadio del espejo, como un momento estructurante de la constitución subjetiva. La “asunción” de la imagen de sí (imagen narcisista) que deja como saldo una identificación, es índice de la operación de anudamiento entre los registros, anudamiento que le posibilita al *parlêtre* contar con un cuerpo que se sostenga, que no se vaya por su lado. La pérdida de goce que allí se produce, leída como castración, es condición para que la imagen pueda darle unidad al cuerpo fragmentado.

Se trata de un momento paradojal por cuanto es a través de esa asunción imaginaria que el sujeto queda alienado en el Otro. A partir de ese momento, la imagen que lo represente (imagen significantizada) lo incluirá en un lazo al Otro que, por un lado, le permitirá reconocerse como uno más de la serie, en las vías de la identificación, pero al mismo tiempo, lo apartará de lo propio, esto es, de aquello que no entra en el espejo y que constituirá el soporte de su singularidad.

Serán los avatares de este momento estructurante los que veremos desplegarse más adelante en la historia de cada *parlêtre*, frente a los acontecimientos contingentes de su existencia, en los que se ponga de manifiesto lo fallido de cada anudamiento producido.

**II.- Del narcisismo en la mujer**

Para adentrarnos en el tema, partimos del hecho de que no hay simetría entre hombres y mujeres respecto de la imagen. Según Freud, el apego que las mujeres manifiestan hacia su propia imagen da cuenta del valor fálico que adquiere para ellas la imagen del cuerpo como suplencia de su no tener. Al punto de que podríamos afirmar que la mujer y el espejo forman una pareja, hecho que no se concibe del mismo modo del lado masculino. ¿Podemos derivar de esta premisa la afirmación de que las mujeres son más narcisistas que los hombres? Lacan rechaza la ficción de este narcisismo supuesto femenino, mostrando que no tiene nada de primario, al introducir el concepto de narcisismo del deseo. Eric Laurent precisa esta cuestión. Dice Laurent: “Lo particular de la posición femenina es más bien el narcisismo del deseo, que podríamos entender como amor al deseo, o aún, como una forma del deseo de deseo, que viene a marcar la salida femenina en el lugar del falo”. Considera que este amor de la falta que se manifiesta en la mujer constituye un narcisismo paradojal, por cuanto “el sujeto (femenino) se aferra al narcisismo del yo de manera secundaria”. Vale decir que para la mujer, lo que está en primer plano es el deseo del Otro, su falta. Laurent afirma que bajo “esa imago de la mujer narcisista, (...), se esconde, se oculta, una relación especial con la falta, en la que las mujeres pueden amar apasionadamente la nada”, vía que conduce a pensar el goce de la privación, antecedente en la enseñanza de Lacan del goce femenino. Mientras que en el hombre hay conjunción del goce y la satisfacción narcisista, Lacan va a sostener que el goce femenino sobrepasa a la mujer, no la identifica. Ella se esfuerza, entonces, en identificarse a través del amor de un hombre, vía el deseo de un hombre. Eso es el narcisismo del deseo.

En cuanto al amor, Lacan va a decir que para las mujeres aparece en el lugar de lo que no hay, es decir, como suplencia del vacío. Por ello, la pérdida de amor es vivida por ellas como amenaza de castración.

**III.- De la identificación viril como condición para tener un cuerpo**

En “Intervención sobre la transferencia”, Lacan concibe a la histeria como una falta de identificación narcisista, una suerte de estadio del espejo inacabado. Por no poder realizar una asunción de su propio cuerpo –dirá Lacan- la histérica “permanece abierta a la fragmentación funcional que constituye los síntomas de conversión”. Es decir que, en el registro del cuerpo, las manifestaciones histéricas se ordenan en torno al hecho de quedar enfrentada a la hiancia de la imposibilidad de tener un cuerpo. Miller señala que al no poder tomar cuerpo a partir de la imagen de sí, debe buscar en la realidad al otro capaz de darle cuerpo. En ese vector que la dirige hacia la otra mujer, la histeria necesita hacer un rodeo por el otro imaginario, en el cual sostiene su yo, pero sin poder gozar de eso. Vale decir que la falta de identificación narcisística no se remedia. Hay un deseo en juego –dice Miller- y es el de este otro masculino. Un deseo en juego pero equivocado. Recordemos que a esta altura Lacan piensa una falta de identificación como correlativa a una falta de goce, en tanto éste es situado en el registro imaginario.

Posteriormente, en “De una cuestión preliminar…”, hará intervenir el concepto de falo imaginario en el estadio del espejo para pensar la falta de identificación en la psicosis. Recién con la introducción del falo va a poder abordar la problemática de la diferencia sexual en relación con la imagen, y desarrollar una clínica del falo. Tal como la esboza en su texto “La significación del falo”, esta clínica se ordenará retomando lo que hasta allí era identificación imaginaria, narcisista, como identificación fálica. La sexuación será concebida en términos de ser o tener el falo. Hasta allí, no se concibe otro goce que el fálico, pero ya Lacan se pregunta en esa época “si la mediación fálica es capaz de drenar todo lo pulsional en la mujer”, punto que le hará necesario contar con la categoría del objeto *a*.

**IV.- La consistencia del imaginario corporal: del reino del padre al imperio de las imágenes.**

Como observa F. Vitale, en su texto publicado en la página del VII Enapol, “…en nuestra clínica (hay) una dificultad creciente en el anudamiento del imaginario corporal”. Entendemos esto como la afirmación de un hecho clínico: algo ha cambiado en el modo en que las mujeres arman su cuerpo.

La hipótesis clásica desarrollada por Lacan es que las mujeres arman su cuerpo por la vía de la identificación al falo, que supone el amor al padre. En esta perspectiva, se sitúa la posibilidad de contar con una mascarada, un semblante, como velo de la castración. Esta función, fundamental en el juego amoroso, le permite a una mujer encarnar un objeto de deseo para el hombre, protegiéndola, al mismo tiempo, de quedar expuesta como objeto de goce. No obstante su función, Eric Laurent señala que esta organización del síntoma histérico en torno al amor al padre es lo que *mantiene a su cuerpo siempre a punto de deshacerse.*

En el *Seminario 24*, y ya desde una perspectiva nodal, Lacan reformula topológicamente la función del pasaje por el padre para el armado del cuerpo en la histeria. La armadura del amor al padre es allí el *sinthome*, el cuarto que anuda los registros. Pero en esos años también introduce pistas respecto de otras posibilidades de anudamiento sin el padre, ya sea porque la función del deseo de la madre viene a reemplazar la función del padre (“el nombrar para”, del *Seminario 21*) o porque, sencillamente, se prescinde de este pasaje. Las investigaciones acerca de la denominada histeria rígida que Lacan menciona en el *Seminario 23* introducen esta perspectiva que prescinde del amor al padre para responder frente al traumatismo del goce. Se trata de sujetos que se las arreglan solos frente al encuentro con el goce, inventando sus propias respuestas, en las que lo real del síntoma no se presenta envuelto en la prótesis del sentido fálico, como en las histerias tradicionales. Estos sujetos parecen saber de antemano que el padre no va a responder a su llamado, y por eso ni siquiera lo intentan. Son ellas las que denuncian la inoperancia del padre en la actualidad, las que confirman que nos hallamos fuera del reino del padre para tratar el goce.

En estos casos, que no se sirven del padre como nombre capaz de responder a lo mudo del goce fálico, encontramos un imaginario corporal con muchas dificultades para el armado de la mascarada, casos que llegan incluso hasta la imposibilidad de la constitución de identificaciones fálicas propiamente dichas. Son subjetividades que no alcanzan una posición sexuada –ya sea a nivel de ser el falo o de tenerlo- para afrontar el encuentro sexual. Sin embargo, -y a condición de no pensarlas desde una perspectiva deficitaria-, nos encontramos con otro tipo de arreglos frente a los impasses de la sexuación y los lazos sexuales, que ponen en primer plano el acontecimiento de cuerpo y la ausencia de relación sexual.

**V.- Perspectivas a investigar**

Intentar explorar cómo se constituye el cuerpo para una mujer fue la brújula que orientó nuestro trabajo. Consideramos que el sintagma “Mujeres frente al espejo; nuevas virilidades” nos abrió diferentes perspectivas de investigación respecto de la relación existente entre la reformulación de la práctica a la luz de la última enseñanza de Lacan y las reconfiguraciones de la clínica, tal como ésta se presenta en la actualidad. Sin llegar a explorar todas, consignamos aquí algunas de ellas.

1- En primer lugar, la perspectiva de una lectura renovada del estadio del espejo, para tratar de ubicar cómo funciona el narcisismo a partir de los cambios operados en la estructura del Otro y por ende, en su función. En este punto, M-H Brousse nos orienta. Ella sostiene que la ciencia ha cambiado la relación que tenemos con nuestro cuerpo como imagen global y como organismo desconocido. Y nos propone pensar este cambio a partir de considerar que, por medio de la ciencia, el yo ideal va reemplazando más y más al Ideal del yo. El yo ideal pasa, así, a funcionar como imagen del cuerpo un poco cortada del Otro de la palabra.

A partir de esta hipótesis de lectura, nos preguntamos: ¿cómo se produce entonces la articulación entre la imagen y el cuerpo, cuando la función del lenguaje, que Lacan sitúa en el esquema óptico como la que produce la ilusión de velo, permitiendo alojar el goce en la imagen, ya no es tan evidente? ¿Acaso el sintagma “mujeres frente al espejo” intenta nombrar la búsqueda de identidad de un sujeto directamente por medio de la imagen, en la vía del yo ideal, y sin la distancia que posibilita el ideal del yo como lugar desde donde se mira? Es posible apreciar esta falta de distancia en algunos testimonios de la clínica, en relación con una práctica frecuente entre los adolescentes que consiste en tomarse autofotos, llamadas *selfies*, las cuales son subidas a la web, como testimonios de la fascinación producida por la imagen en dirección al establecimiento de una identidad. A diferencia de la identificación simbólica, que se apoya en un rasgo y permite la movilidad, con este procedimiento se apunta a construir una identidad fija a partir de una incesante repetición que busca capturar la imagen perfecta, intentando anular toda hiancia en la representación especular. ¿Una forma más de renegación de lo real? “Es como mirarte al espejo todo el tiempo”- dirá una adolescente, testimoniando acerca del cambio de estatuto de la imagen, que más que funcionar como pantalla, velo de lo que no puede verse, parece revelar el aplastamiento al que está sometida una subjetividad que no ha logrado constituir eficazmente una distancia operativa con la propia imagen, deviniendo ella misma, pura imagen. Es aquí que el analista es convocado a reestablecer la esquizia entre el campo escópico y el campo de la visión, para poder hacer lugar, en esa hiancia, al goce en juego capaz de devolverle al *parlêtre* el relieve perdido de su singularidad. Apuntando en sentido inverso a la lógica especular de la buena forma sobre la que se asienta el anhelo de la civilización tecno-científica, la operación analítica confronta al *parlêtre* con lo que no tiene arreglo, para dar lugar así a los arreglos singulares de cada uno.

2- Otra perspectiva que nos interrogó partió de una cita de Lacan sobre el semblante, en el *Seminario 18*. Afirma allí que en las relaciones entre el hombre y la mujer estamos ubicados de entrada en la dimensión del semblante, que el comportamiento sexual humano se diferencia del animal en el hecho de que el semblante humano se vehicula en un discurso y que sólo en este nivel de discurso (dicho comportamiento) *es llevado hacia un efecto que no sería de semblante*. Da como ejemplo el hecho de que, a diferencia de la exquisita cortesía animal, ocurre que los hombres violan a las mujeres o inversamente. Lacan señala que en los límites del discurso, es decir, del semblante, hay de tiempo en tiempo real. Y llama a eso pasaje al acto.

En esta perspectiva, intentamos pensar las diversas manifestaciones sintomáticas de la clínica contemporánea en las coordenadas de lo que sería una *clínica del espejo por fuera del semblante*, vale decir, a partir de la puesta en acto, sin velo, de la falla misma del espejo. De este modo, las intervenciones en el cuerpo, los cortes, las operaciones, así como también la búsqueda incesante de una satisfacción corporal sin mediación del amor, pueden ser concebidas como modalidades de tratamiento del goce que no pasan por el semblante, que se saltean la consistencia imaginaria de un cuerpo organizado por la mirada del Otro, para elevarlo a la condición de objeto de goce, fetiche generalizado, verificando así la existencia de este efecto que con Lacan llamamos pasaje a lo real. Encontramos así que las histerias del siglo XXI, ya no necesitan más al hombre de paja para acercarse a lo femenino. M-H Brousse señala que en lugar del rodeo por la identificación viril, que implicaba el sostén del padre impotente como paradigma histérico por excelencia en la época de Freud, nos encontramos hoy con una progresión de actuaciones homosexuales en la histeria, que responden más bien, a esta perspectiva que estudiamos de una clínica del espejo por fuera del semblante.

3- El último punto tiene que ver con ubicar la singularidad de las nuevas respuestas que los sujetos inventan solos, asomados al agujero del S(A) barrada, en el lugar mismo en que antes imperaba el ideal como semblante capaz de ordenar el campo de la experiencia subjetiva. ¿Cómo se ordenan ahora las subjetividades que no van en busca de esa referencia para hacerle responder por el traumatismo del goce? ¿Cuál es la apuesta del psicoanálisis frente a estas subjetividades marcadas por las huellas de la declinación del nombre del padre, que deben navegar en un mundo poblado de imágenes que no alcanzan a localizar el goce ni sirven de referencias estables para construirse un cuerpo?

Una indicación de F. Vitale, nos puso en la senda de esta pregunta: “Frente a ello cobra importancia no olvidar que al final de su enseñanza Lacan reinterroga de manera renovada el registro de lo imaginario planteando que frente al sin límites del empuje al goce que habita en cada uno, el único límite real lo da no el Nombre del Padre, sino la manera en que cada cuerpo encuentra cómo mantener anudadas sus tres consistencias”.

Para abordar esta perspectiva, se nos hizo necesario establecer la diferencia entre ese cuerpo que el padre permite armar y el cuerpo que un análisis posibilitaría construir. En el *Seminario 23*, Lacan toma el ejemplo de Joyce para indicarnos la vía de constitución de un cuerpo que entraña un tipo especial de narcisismo distinto al especular. En este seminario, Lacan pareciera indicarnos que el amor al propio cuerpo se erige, en un nivel anterior a la constitución del narcisismo especular, como soporte del armado de un cuerpo. Se trata del amor al propio cuerpo, no del amor a la imagen. En esta perspectiva, -que seguramente será explorada en el próximo Congreso de la AMP 2016- la consistencia del cuerpo tendría que ver con la posibilidad de producir un anudamiento entre los registros a partir del amor al propio cuerpo, que implica pertenencia, propiedad y no identificación.

Interrogados acerca de qué sería este “amor propio”, encontramos que Lacan, en el seminario de la angustia, indica que no todo el investimiento libidinal narcisista es transferido al objeto en tanto imagen. Esa parte que no entra en lo imaginario especular –dice Lacan- queda a nivel del cuerpo propio como *reserva operatoria*. Ubica allí que ese resto funciona impidiendo que el *parlêtre* quede atrapado en la imagen, en tanto posibilita que lo que se recorta se convierta en referencia y soporte de la función de la causa. A la luz de la última enseñanza, este concepto de *reserva operatoria* nos interrogó de una manera nueva. ¿Cómo situar el propio cuerpo si no es por las marcas de las experiencias de goce que conducen a Lacan a concebir el *sinthome*, pero que en este momento de la enseñanza sólo pueden ubicarse del lado del objeto *a*? ¿Podemos afirmar, entonces, que a la altura del *Seminario 10*, este investimiento libidinal que no pasa por el espejo y se localiza en el objeto *a* es lo que dará soporte a la idea del otro narcisismo que Lacan trabaja en el *Seminario 23,* sostenido no de la imagen especular sino del amor al Un-cuerpo? En todo ese trayecto, ha cambiado para Lacan la forma de concebir al cuerpo. El modelo del cuerpo ya no es la esfera sino el toro, en el que a partir de los agujeros se constituye una estructura topológica diferente, que conduce también a una nueva concepción de imaginario.

“Este nuevo cuerpo envoltura (tórico) destrona, por así decir, la referencia y el modelo que representaba la imagen especular, en épocas precedentes de (la) enseñanza (de Lacan)” y nos invita a trabajar, en cada análisis, en dirección a la localización de aquellas imágenes que no derivan del espejo sino que provienen de la historia singular del *parlêtre*, restos del análisis producidos a partir de las marcas que han ido dejando las experiencias de goce singulares, trazos con los que cada *parlêtre* deberá saber hacer para construir su *sinthome*. De este modo, al final del análisis, fijarse al propio síntoma, hacerse al síntoma que cada uno es, tendrá como resultado otra consistencia para el *parlêtre*, una consistencia real.

Paula Vallejo

Integrantes del grupo “Mujeres frente al espejo; nuevas virilidades”:

Laura Arroyo, Mónica Boada, Camilo Cazalla, Verónica Escudero, Adriana Etchegoin, Cecilia Fasano, Marisol Gutierrez, Paula Lagunas, Laura Petrosino.